

# Manifestaciones de lo intangible. Relatos y creencias en torno a la muerte en el valle de Texmelucan

Alma Delia Flores Delgado  
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

## RESUMEN

Ubicado en las faldas del Iztaccíhuatl, estado de Puebla, el valle de Tetzmollocan fue en tiempos prehispánicos el asentamiento principal del área norte de Huejotzingo, constituido por diversas comunidades, entre las cuales están dos de los actuales municipios cercanos a la región boscosa: San Felipe Teotlalcingo y San Salvador el Verde. En esta región el mundo se divide en terrenal, es decir, el de los seres humanos, y el intangible, perteneciente a los seres mágicos y divinos. No obstante esta separación, ambos coexisten y se encuentran en contacto con el mundo terrenal, en una relación que se manifiesta de diferentes maneras. Por ejemplo, con la presencia de entes inmateriales —como el “muerto”— en lugares, tiempos y circunstancias específicas: los caminos, la noche, los rituales fúnebres, los sueños premonitorios, la presencia de animales como los coyotes o el aullido de los perros.

*Palabras clave:* muerte, escatología, intangible, sobrenatural.

## ABSTRACT

The valley of Tetzmollocan was the main settlement in the area north of Huejotzingo in pre-Hispanic times in the foothills of Iztaccíhuatl, state of Puebla. It was composed of diverse communities, including two of the modern-day municipalities near the forest region: San Felipe Teotlalcingo and San Salvador el Verde. In this region the world is divided into earthly, in other words of human beings, and the intangible, belonging to magical and divine beings. Despite this separation, both coexist and are in contact with the earthly world in a relationship that is expressed in different ways. For example, with the presence of immaterial entities—such as the “dead”—in specific places, times and circumstances: paths, nighttime, funeral rituals, premonitory dreams, and the presence of animals such as coyotes or howling dogs.

*Keywords:* death, eschatology, intangible, supernatural.

## *Introducción*

**E**l entorno físico es parte fundamental en la vida del ser humano no sólo por los recursos alimenticios o de subsistencia, sino por lo que representa; es decir, la simple observación de la naturaleza genera la búsqueda constante de respuestas en esta continua relación en el devenir del tiempo. Esta relación conforma la cosmovisión de los grupos humanos: la visión del conjunto del universo.

En la cosmovisión del valle de Texmelucan el mundo se divide en terrenal, que es el mundo de los hombres, y el intangible, perteneciente a los seres mágicos, espíritus, fantasmas, entre otros. Aunque divididos, ambos coexisten y pueden tener contacto en el mundo terrenal. Esta relación se manifiesta de diferentes maneras, como la presencia de entes inmateriales en lugares, tiempos y circunstancias específicos, como los caminos, las haciendas, las ruinas, la noche, los rituales fúnebres, los sueños, la presencia de animales, el monte y las barrancas.

En el mundo terrenal, donde habita el ser humano, se manifiesta el deceso o la muerte, el cual abre un vínculo entre el más allá y el mundo de los vivos. Sin embargo, cuando el alma no logra llegar a su destino final o aún se encuentra en el proceso, con vive con los vivos de manera inoportuna, en ocasiones benéfica y en otras provocando la muerte de las personas de manera inesperada. Este contacto también es aprovechado por aquellos que saben cómo utilizarlo en su beneficio.

## *Ubicación*

Ubicado en el estado de Puebla, el valle de Texmelucan comprende diversas comunidades aledañas a San Martín Texmelucan y Huejotzingo, que comparten una herencia nahua y una historia que va desde la época prehispánica hasta nuestros días.

A la llegada de los españoles, el señorío huejotzinca se dividía en tres regiones localizadas en las laderas de la Sierra Nevada: la zona norte, que abarcaba el valle de Texmelucan; la central, donde está la ciudad de Huejotzingo, enclavada en un lugar de difícil acceso, en las barrancas que se abrían en las faldas de los volcanes; al sur, los huejotzincas dominaban el valle de Atlixco, amenazado por la Triple Alianza.

En tiempos prehispánicos el valle de la entonces conocida como Tetzmollocan constituía el asentamiento principal en el área norte de Huejotzingo y figura varias veces en la historia como asilo para los fugitivos procedentes de Texcoco. En la época colonial toda la región norte de Huejotzingo, hasta los linderos de Texcoco y Tlax-

cala, recibió el nombre de valle Texmelucan –derivado de Tetzmollocan–, o Santa María Texmelucan (Dyckerhoff, 1997: 126).

Sin duda hablar de cualquier región implica un estudio más extenso y mayor tiempo; en esta ocasión sólo se considerarán dos municipios de las zonas altas del valle de Texmelucan: San Salvador el Verde –con 28 419 habitantes–, al que pertenecen las poblaciones de Analco, San Gregorio Aztotoacan, San Andrés Hueyacatitla, Tlaco-tepec, San Lucas el Grande y el Municipio de San Felipe Teotlalcingo, así como sus juntas auxiliares –con 9 426 habitantes.

El municipio de San Felipe Teotlalcingo, de ascendencia nahua, colinda al norte con el de San Salvador el Verde; al sur, con San Lorenzo Chiautzingo, y al oeste, con el Parque Nacional Izta-Popo y el Estado de México. San Salvador el Verde, por su parte, se encuentra documentado a partir de 1552. Los frailes franciscanos recibieron licencia del virrey don Luis de Velasco (1550-1564) para establecer un convento en San Salvador y reunieron a su alrededor a parte de la población de las cabeceras de Santa María Tetzmollocan y San Felipe Teotlalcingo (*ibidem*: 134). El Verde tiene vecindad, al norte, con los municipios de Tlahuapan y San Matías Tlalancaleca; al oriente, con los de Huejotzingo y San Martín Texmelucan; al sur, con el de San Felipe Teotlalcingo, y al oeste, con el Estado de México y el volcán Iztaccíhuatl.

En tales municipios la Iglesia católica mantiene el mayor número de fieles entre la población. Sin embargo, en la actualidad los habitantes se han ido sumando a otras religiones, entre las que se encuentran Iglesias protestantes como los testigos de Jehová, la evangélica metodista, la de Dios israelita, la de los santos de los últimos días, la bautista bíblica y la evangélica pentecostal.

### *Cosmovisión*

Silvia Limón anota que la “cosmovisión es el conjunto de ideas y concepciones que un pueblo tiene respecto a la totalidad del mundo, las cuales constituyen una forma de aprehenderlo y explicarlo”. Estas concepciones “son expresadas de manera simbólica y han sido elaboradas socialmente con base en la observación de la naturaleza, de las actividades productivas, de la organización social y de la totalidad del universo conocido por un pueblo determinado” (Limón, 2001).

La cosmovisión es una visión global del conjunto del universo, del entorno natural con que el ser humano busca su propio sentido de vida. Se constituye por ideas, creencias, juicios de valor, actitudes vitales y sentimientos, y es resultado de un proceso

histórico y colectivo que se construye y reconstruye a lo largo del tiempo y posee contradicciones internas.

*De camino a la última morada*

De acuerdo con la tradición oral de estas comunidades, cuando ocurre el fallecimiento de una persona se recurre a diversos rituales, los cuales van acompañados de objetos variados con una utilidad específica para el difunto en su paso hacia el otro mundo. Los rituales fúnebres duran 12 días. En el primero se realiza un rosario, al siguiente se procede al entierro y los siguientes nueve días se rezará un rosario cada día. A los 11 días se levanta la cruz, y el último día se lleva al panteón.

Posteriormente, en noviembre, según la causa de muerte se realiza la “primera ofrenda”, la cual tiene un cuidado especial, pues se coloca en forma de escalera. En el piso más alto se instala la imagen de Cristo. En el siguiente, la fotografía a quien se dedica la ofrenda. En el tercero, como es sabido, pan, fruta y la comida que le gustaban en vida. En el caso de los niños se compran juguetes o leche en polvo. A las mujeres jóvenes o adultas se les colocan un rebozo, ropa nueva o zapatos, e incluso sombreros. A los hombres se les pone un vaso de pulque, vino o cigarros, según el gusto. En el último escalón van las flores y las ceras, así como un camino de flores de cempasúchil que sale de la casa con rumbo al panteón, que es de donde llegará el fallecido.

En el panteón, las primeras ofrendas se distinguen de las demás tumbas por el ornamento de otate con motivos naranjas y negros para los adultos, mientras que para los niños los colores deben ser blancos, morados y azul cielo. Cuando se cumple un año del fallecimiento, también llamado “cabo de año”, se celebra una misa y se invita a familiares y conocidos a una comida en la casa.

El primer día en que se recibe el cuerpo “en su casa” se procede a la preparación de alimentos; por medio de un sonido local se anuncia el fallecimiento y se invita a la comunidad a un rosario dedicado al cuerpo del difunto, así como a la misa que se realizará al día siguiente.

En las comunidades de San Gregorio y Analco es costumbre colocar el cuerpo sobre arena en la habitación donde se velará —“en lo que se trae la caja”—, pues de acuerdo con la comunidad de Analco, de esta manera expiará sus culpas, en caso de tenerlas. Acaecida la muerte, se dice que el espíritu o alma del difunto seguirá presente durante esos días. Algunas personas incluso señalan que no se irá del todo hasta haber pasado un año del fallecimiento, ya que en ese lapso recogerá sus pasos.



Una vez vestido el cuerpo, se colocan en el féretro dos “bolsitas de tela de manta”: una con tortillas o gorditas de masa con sal y manteca para que se alimente durante el camino, aunque también “se les da de comer a los perros” para que ayuden al espíritu a cruzar un río; en la otra bolsa van 13 monedas, para que pague sus culpas, además de una varita de rosa de castilla, tejocote o trompillo —esta última se consigue en el “monte”—, de preferencia con espinas, a modo de que se defienda durante el viaje, en el cual podría encontrarse con algún animal u otro peligro. También se incluyen unos huaraches nuevos o de cartón con listones blancos para amarrarlos a los pies, que son los que usará para caminar.

Una vez seleccionada una habitación para colocar el féretro, por lo general frente a un altar familiar, se ponen cuatro ceras en las cuatro esquinas de la caja, flores alrededor, un chilacayote partido a la mitad con vinagre bajo el ataúd, una cruz de arena en el suelo, bajo la caja, y una cruz en la cabecera. A los pies se coloca un sahumero con incienso y una veladora.

Para prevenir el “mal aire” entre los niños y adultos, ya sea en el primer día o al siguiente, cuando se irá al panteón, se utiliza una planta llamada “ruda”, colocada en las orejas o el cabello de la persona. En caso de contraer este mal, caracterizado por dolor de cabeza y llanto constante en los niños, se recurre al humo del cigarro, el cual se sopla en la cara para curarlo, o bien a la limpia con un huevo, alcohol y ruda.

A medianoche, en el caso de los niños y solteros, “se baila la coronita” con una pieza de música llamada *maxochitl* en el cuarto de velación o en la patio. La coronita la llevan una niña y un niño. Al final la coronita se pone en la cabeza del difunto.

De manera opcional, a las personas que se casaron por la Iglesia se les puede vestir como carmelitas, para las mujeres, o franciscanos, para los hombres, o según el gusto de la familia, con la ropa habitual. Como atención, se puede incluir dentro del féretro una cajetilla de cigarros o vino. También se pone un vaso con agua sobre un plato, acompañado de un pan, ya sea en la cama o en algún lugar de la recámara.

Al día siguiente del velorio se lleva la caja a la iglesia, cargada por cuatro personas del género masculino, los cuales no deben pertenecer a la familia del difunto, pues se cree que si algún familiar directo la transporta, el fallecido se llevará también a esta persona, aunque todavía no “le toque irse” —tan sólo por tener contacto—. Otra versión señala que los familiares no deben llevar la caja al panteón porque se interpreta como si “quisieran deshacerse de la persona”, y por lo tanto no es lo ideal. Cuando la caja pesa demasiado, explican que se debe a que todavía no era su tiempo o no se quieren ir, y que cuando la tierra no queda pareja una vez enterrado, es señal de que la misma no lo acepta y tampoco era su tiempo.

Sobre la fosa se coloca una cruz de carrizo u oate —o trompillo— y se hace un orificio dentro de la tumba, sobre la cabecera de la caja, para insertar un jarrito de barro con agua bendita, con el cual el fallecido saciará su sed durante el viaje “al otro lado”. Antes de bajar el cuerpo, se arroja agua bendita y tierra bendecida. El incienso no debe faltar en ningún momento. Al final los asistentes colocan flores en la tumba, a modo de despedida.

Cuando se procede a enterrar el cuerpo, un familiar dirige algunas palabras, destacando las cualidades del difunto y la desafortunada pérdida de la persona que “se les adelanto”. Al final se invita a la concurrencia a una comida en la casa después del sepelio. En ese momento o ya en la casa se puede repartir alguna bebida alcohólica a los señores o a quienes cavaron la fosa.

La comida se elabora, preferentemente, “a como antes se hacía”, y consiste en frijoles, salsa y tortillas, si bien varía según la casa. Así, se puede servir gorditas, sopa, guisado de pollo, chicharrón en salsa verde, arroz, caldo de camarón con nopales, entre otras opciones. Aún prevalece la idea de que no se debe comer arroz, pues representa los gusanos que se comen al cadáver; tampoco chicharrón ni cualquier tipo de carne, pues se estaría ingiriendo al difunto y la gente no querría comérselo. La gente asiste porque considera que se debe acompañar caminando al que pereció a la que será “su última morada”; así, cuando ellos mueran, “no se irán solos al panteón”. Podemos decir que es una actividad en la que se espera la reciprocidad.

Con el transcurso de los días va disminuyendo el “peligro” del contacto con la muerte, así como el temor a la misma. Esto permite a los dolientes reintegrarse paulatinamente a sus actividades cotidianas.

Entre algunas de las creencias que persisten, encontramos que el alma o espíritu de quien murió se queda en la comunidad durante un año, periodo en el que rondará por los lugares que acostumbraba recorrer, como su trabajo y su casa. Se dice que “vendrá a recoger sus pasos”. De este modo los habitantes se explican los ruidos “extraños” que perciben, como la caída de algún objeto desde cierta altura o que se cierren las puertas de repente, se escuchen canicas rodando por los techos y la presencia del difunto en sueños antes y después de fallecer.

Se considera que los perros los perciben. Así, cuando ladran en grupo desde sus casas es “porque ven a las almas”. Cuando aúllan demasiado, algunas personas consideran que es porque anuncian que alguien morirá pronto. De igual manera se tiene la creencia de que cuando los tecolotes “chillan” ocurrirá lo mismo. Sin embargo, por la creciente población, estos animales ya no se encuentran como “antes” en las cercanías de la localidad, así que ya casi no se escuchan, a menos que se vaya al “monte”.

Es costumbre que cuando alguien de edad avanzada fallece, se entierre con él sus fotos o algún objeto personal, como un testamento o escrituras antiguas, pues es mejor que las lleve “a que anden rondado por ahí su imagen sin respeto alguno”. Los documentos antiguos también pueden ser enterrados o colocados dentro de una pared o construcción.

### *De apariciones y otros entes*

No sólo cuando ocurre la muerte y se llevan a cabo los funerales se puede tener contacto con el mundo intangible debido al puente que se abre hacia este destino; también las prácticas mágicas y los espacios físicos, como el monte o campo, así como la noche, son indicativos de la existencia de otro plano que se manifiesta en el entorno físico de distintas maneras, al tener un acercamiento con los seres humanos. Sin embargo, esta proximidad puede ser negativa, ya que llega a provocar la muerte de manera inesperada.

La explicación que se da sobre la existencia de espíritus que penan o rondan por las noches es que son aquellos que han muerto a causa de alguna desgracia y que no recibieron el ritual apropiado para su sepelio, como en el caso de los que murieron durante la Revolución. Asimismo se recomienda no llorar ni lamentarse demasiado por una persona fallecida, porque en vez de irse a su destino final, se quedará entre los vivos. De igual modo ocurrirá con aquellas que dejaron asuntos sin resolver.

### *Apariciones*

Tiempo atrás, en San Salvador el Verde tiraron una casona vieja y se encontró dinero. El espíritu que cuidaba ese dinero se le apareció al peón que lo había hallado, y mandó con éste un mensaje para el dueño de la casona, a fin de comunicarle que debía construir una capilla. Aunque el dueño era rico, no podía hacerla con dinero propio ni con el que se había encontrado, sino que éste debía ser donado por la gente.

Una noche, como a las ocho, el peón estaba tomando cerveza con sus amigos cuando el espíritu lo comenzó a golpear porque no había cumplido con lo encomendado. Sin embargo, nadie más veía al espíritu. Más tarde comenzaron a construir la capilla, pero con dinero del dueño, por lo que al día siguiente encontraban todo

“tirado”. Así, el dueño tuvo que recaudar los fondos tal como se le había indicado. Finalmente, la capilla quedó construida y el espíritu ya no los molestó.

Por las noches, en la barranca entre El Verde y San Miguel Tianguistenco, cuando pasan las personas, en especial mujeres, se ve allí una casa grande, lujosa y muy atractiva. Sin embargo, durante el día no hay nada. En ese lugar se ha encontrado a mujeres muertas y a un menor número de hombres.

En la comunidad de San Felipe se narra que en los parajes que rodean las tierras de cultivo se aparece por las noches un charro negro con un caballo, por lo que no se recomienda andar solo por el “campo” a altas horas de la madrugada. Se cuenta que el charro negro era un carrancista capturado por los zapatistas, quienes lo colgaron en un árbol de capulín, en el paraje del llano de San Felipe. Se aparece en esa zona porque no descansa en paz. Así, durante la noche o incluso antes de oscurecer una persona puede encontrarse con algún jinete o charro negro. También se dice que en la ex hacienda de Chautla, en San Lucas el Grande, se aparece por las noches un charro negro en su caballo, el cual puede llevarte a una barranca, donde puedes morir.

En la comunidad de Analco se narra que hay un señor que engorda animales y los desaparece; es decir, los lleva a una barranca entre los límites de Analco y El Verde, aunque no se sabe a quién se los lleva. Y en los parajes de San Felipe, San Matías y otros, la entrada a una barranca se relaciona con la aparición o presencia de seres malignos, los cuales ofrecen dinero u otra cosa a las personas a cambio de ser alimentados o atendidos.

Otro espacio que se tiene en consideración es el panteón, el cual alberga los cuerpos de las almas que se han ido a otro mundo. Allí se ha visto algunas noches fuego saliendo de las tumbas, que es explicado como las almas en su penar. Pero no todas causan daño a los vivos, ya que también pueden dar un buen consejo mediante los sueños.

En El Verde hay una fábrica que aún funciona. Sin embargo, ahí hubo muchos muertos durante la Revolución, por lo que algunos obreros, cuando no hay luz o se encuentran solos en las naves, han visto a las almas vagando por el lugar.

El hecho de que algunas personas sean más susceptibles a este tipo de encuentros con otros seres se explica porque tienen “sombra”, lo cual es una característica con que se nace y les permite ver con mayor facilidad a las personas fallecidas y que siguen entre los vivos.

En caso de encontrarse con seres extrasensoriales, los cuales se manifiestan de diversas formas —visual, ruidos desacostumbrados u objetos que caen de los muebles—, es recomendable ponerles una veladora, rezarles una oración e incluso dedicarles una misa para que sus almas encuentren paz y logren partir de este mundo.



### *Brujas*

La noche se convierte en el momento propicio para las manifestaciones extrasensoriales, como la presencia de brujas, quienes de acuerdo con la comunidad recorren algunas calles de San Felipe en forma de bolas de fuego, a las cuales es mejor no acercarse. Asimismo es recomendable colocar seguros o alfileres en forma de cruz en las ventanas, o bien un espejo o tijeras bajo la almohada, para evitar que “chupen” a los niños por la noche y les provoquen la muerte. Otra recomendación es colocar semillas de maicena o girasol en las azoteas, además de cuidar a los niños pequeños para que ninguna bruja se les acerque.

Uno de los efectos de la presencia de la bruja es que secan a los árboles. Éstas pueden convertirse en algún animal. Por ejemplo, una vez un señor de San Andrés vio a una señora parecida a una guajolota que aterrizó en la puerta de su casa y se convirtió en persona.

Las brujas son mujeres que realizan hechizos o maldades a las personas. En años previos se escuchaba con mayor frecuencia que éstas “chupaban” a los niños recién nacidos, por lo que en la iglesia de San Andrés Hueyacatitla se acostumbraba que, en las noches, los pobladores se subieran a la torre más alta para vigilar las luces que aparecían sobre las casas. Estas luces eran brujas que aterrizaban en los techos, por lo que los vigías tocaban las campanas para avisar dónde habían caído, para evitar que los bebés murieran.

Otros cuentan que había una señora que le decía a su marido que cenaran y se durmieran temprano. Al dormirse el señor, su esposa, que era bruja, se trozaba los pies y los ponía sobre el metate. Después se colocaba las patas de un guajolote y alas de petate para irse a robar los “marranos o lo que encontrara; tenía mucha fuerza, puesto que era *tlahuepuche* [bruja o brujo]”. Una noche el marido buscó a su mujer, se dirigió a la cocina y encontró sus pies atravesados en el *tlecuil*. Al verlos los quemó. Cuando llegó su esposa, le dijo: “¿Qué has hecho”, pues le había quemado los pies. Entonces la señora murió.

### *El muerto*

La figura del muerto representa a los espíritus que penan por las noches. En las comunidades se narra que por las noches se escucha “chillar al muerto”; es decir, un quejido de dolor, el cual, si se oye cerca, indica que se encuentra lejos, pero si suena

lejano es que se encuentra demasiado cerca. Asimismo, si una persona que duerme por la noche se despierta de repente y tiene el cuerpo rígido, la explicación que se da es que se sube el muerto encima del durmiente, el cual debe recurrir a insultos y groserías para el muerto se levante y se vaya.

### *Nahuales*

Es bien sabido que los nahuales son personas que se convierten en animales —por ejemplo, un perro grande y bonito— con la habilidad de robarse a otros animales de crianza, como los cochinos, que son propiedad de algún vecino.

En los bailes públicos, cuando asisten hombres que son nahuales, si una mujer los desprecia para bailar o no acepta ser cortejada, avanzada la noche “sacan a la dama dormida de su casa y se la llevan al campo o a las ruinas de las haciendas para estar con ellos”.

En la comunidad de San Andrés Hueyacatitla, Enrique Martínez, quien falleció hace más de 20 años, era una persona muy conocida por ser un nahual, el cual se convertía en perro o burro para rondar “a las muchachas o señoras por las noches”. Enrique tenía dos esposas. Una vez fue con otro “señor de parranda, pero lejos, en otra parte que no era San Andrés”. Como su acompañante ya quería regresar porque era muy tarde, don Enrique le dijo: “Tú no te preocupes, ahorita nos vamos”. Lo tomó del brazo, sintió un remolino y, cuando reaccionó, ya estaban en el lugar donde querían estar, es decir, de regreso.

Para evitar que los nahuales o seres extraños se acerquen a las casas, se suele pintar una cruz de cal blanca en las paredes de las mismas.

### *La Llorona*

Los relatos acerca de la Llorona en esta zona se ubican en los caminos de labranza o en aquellos que conectan entre sí a las poblaciones circunvecinas. La Llorona es una mujer joven, vestida de blanco, que en ocasiones, después de la medianoche, se les aparece a los hombres infieles o borrachos que caminan solos de regreso a su casa. Una vez que la han visto de cerca, no recuerdan qué sucedió después. Algunos han aparecido en el fondo de una barranca y otros han despertado en una comunidad que no es la suya.

### *Animales*

La cercanía con la región boscosa del Iztaccíhuatl no sólo permite el uso de recursos naturales para los pobladores, pues también existe una relación simbólica con la misma, como dadora de vida y lugar que alberga diversos misterios. En épocas pasadas, quizá unos 20 años o acaso todavía, cuando nacía un niño se solía enterrar su cordón umbilical en el monte.

Durante la noche se suelen escuchar allí ruidos poco comunes que remiten a la existencia de seres desconocidos o malos, por lo que hay que tener cuidado si “anda la gente por allá”.

El coyote es un animal de caza que posee propiedades curativas. Incluso se ha utilizado en la comunidad para uso medicinal, como unguento. Por otra parte, al lobo se le ve como un ser maligno, pues cuando se fallece y el alma o espíritu inicia su viaje al más allá, puede encontrarse en su camino con este ser; para defenderse de sus ataques es importante que en la caja del fallecido se coloque una vara de trompillo o una vara con espinas, a modo de alejarlo.

En cuanto al perro, quizá por su mayor cercanía con el ser humano —puesto que “en algunas casas hay más perros que personas”—, se trata de un animal con una mayor percepción que el ser humano, puesto que “los perros huelen, sienten o ven a las almas”. Este mamífero no sólo existe en el mundo terrenal, sino también en el más allá. Según Alfonso Caso, cuando las almas llegan al Mictlán, que es el primero de los nueve niveles antes de llegar al destino final —según la causa de muerte—, éstas deben atravesar un río caudaloso; por tal motivo se enterraba al difunto con un perro, para que lo ayudara a cruzar. En la comunidad, cuando estos animales fallecen por causas naturales son enterrados en los campos de cultivo, en la misma casa o arrojados a barrancas.

### *Consideraciones finales*

Mediante la tradición oral de la comunidad, los relatos, las creencias y los rituales fúnebres transmiten información acerca de la forma de explicarse el mundo y su funcionamiento; no sólo el físico, sino también el intangible, con el que se convive de manera cotidiana, e incluso los espacios aparentemente desconocidos.

La muerte no es en sí el final de la vida, sino una transición a otro plano. El que muere es el cuerpo, que es llevado al cementerio; sin embargo, cuando el alma no encuentra su camino, se queda en el mundo terrenal y mantiene el contacto con las personas.

Los rituales deben realizarse en forma debida para que el alma tenga un buen viaje y descanse. Además, es necesario asegurarse de que los vivos no sufran daño alguno por este contacto, el cual podría traducirse, por ejemplo, en que el muerto se “lleve a alguna persona que aún no lo toca irse” o se contraiga alguna enfermedad.

De igual manera, es peligroso estar demasiado cerca del cuerpo exánime o pedirle que “lo lleve con él”, aunque aún no sea el momento de partir. Otra precaución que se toma es que el difunto, en su féretro, “entre de pies” por la puerta principal del panteón; de lo contrario, éste se llevara a más personas a las que aún “no les toca irse”.

La muerte es vista como algo inevitable y cada persona tiene destinado un momento, elegido por Dios, para su fallecimiento, lo cual se refleja en la siguiente frase: “Cuando te toca, aunque te quites, y cuando, no aunque te pongas”.

Por otra parte, el entorno físico adquiere un papel determinado en la cosmovisión; por ejemplo, la noche es vista como un espacio que permite la circulación de seres extrasensoriales, durante la cual, preferentemente después de las doce, se abre un puente para la manifestación de las almas en pena y los seres con propiedades mágicas, como brujas o nahuales. Aunque éstos causan cierto perjuicio a la población, se sabe de su existencia y simplemente se convive con ellos, ya que son parte del entorno. Los seres ultraterrenos requieren de los favores de los seres humanos para cumplir la misión que tengan encomendada o incluso para subsistir.

Las barrancas, por su parte, son vistas como entradas a otros mundos, así como las ruinas de casonas o cascos de ex haciendas abandonadas, donde se puede entrar o salir a otro plano o incluso realizar un viaje.

Hechos históricos como la Revolución perviven en la memoria y se les recuerda en los relatos. Sin duda ésta causó un impacto en todos los aspectos de la vida social de las comunidades de las faldas del Iztaccíhuatl. En este sentido, los relatos sobre espíritus en torno a los cascos de ex haciendas son recurrentes, pues muchas fueron quemadas y sus pobladores, además de algunos militares, murieron asesinados en ellas.

Los sueños permiten la premonición del futuro inmediato; por ejemplo, son vehículos para anunciar la muerte de una persona –como la caída de un diente o las cruces–. Asimismo permiten entablar contacto con los seres queridos que se adelantaron, que si bien ya están en otro plano todavía pueden comunicarse con sus familiares.

Para concluir, podemos afirmar que el día, al igual que la vida misma, pertenece a los seres humanos, puesto que en ese periodo se lleva a cabo todo tipo de actividades, mientras que la noche es del plano metafísico, en la cual se manifiestan los seres mágicos. Las barrancas, los bosques y los montes poseen un simbolismo propio, así como un carácter mágico y misterioso, herencia de la tradición prehispánica.



*Bibliografía*

- BÁEZ-FÉLIX, Jorge, *Los oficios de las diosas. Dialéctica de la religiosidad popular en los grupos indios de México*, México, UV, 2000.
- BRODA, Johanna y Alejandra GÁMEZ (coords.), *Cosmovisión mesoamericana y ritualidad agrícola. Estudios interdisciplinarios y regionales*, México, BUAP, 2009.
- CASO, Alfonso, *El pueblo del sol*, México, FCE, 1985.
- DYCKERHOFF, Ursula, “Los caminos reales en la provincia de Huejotzingo, siglos XV al XVIII”, en Eréndira DE LA LAMA y María Elena LANDA (coords.), *Symposium Internacional de Investigación de Huejotzingo*, México, INAH (Historia), 1997.
- INEGI, en línea [<http://www3.inegi.org.mx/sistemas/mexicocifras/default.aspx?e=21>].
- LIMÓN OLVERA, Silvia, *El fuego sagrado. Simbolismo y ritualidad entre los nahuas*, México, INAH-Conaculta, 2001.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, “El núcleo duro, la cosmovisión y la tradición mesoamericana”, en Johanna BRODA y Jorge FÉLIX-BÁEZ (coords.), *Cosmovisión, ritual e identidad de los pueblos indígenas de México*, México, FCE/Conaculta, 2002.